

Rubem Fonseca

Los prisioneros

Traducción de Teresa Arijón y Bárbara Belloc



Fonseca, Rubem

Los prisioneros - 1a ed. - Buenos Aires : El Cuenco de Plata, 2013.
128 págs. ; 21x13 cm. - (latinoamericana)

Título original: *Os prisioneiros*

Traducido por: Teresa Arijón y Bárbara Belloc
ISBN 978-987-1772-66-7

1. Narrativa Brasileña. I. Arijón, Teresa, trad. II. Belloc, Bárbara, trad.
CDD B869.3

Los prisioneros

el cuenco de plata / l a t i n o a m e r i c a n a

Director editorial: Edgardo Russo

Diseño y producción: Pablo Hernández

© Rubem Fonseca, 1963

© El cuenco de plata, 2012

Av. Rivadavia 1559 3° "A" (1033) Buenos Aires, Argentina
www.elcuencodeplata.com.ar

Obra publicada com o apoio do Ministério da Cultura do Brasil / Fundação Biblioteca Nacional.

Obra publicada con el apoyo del Ministerio de Cultura de Brasil / Fundación Biblioteca Nacional.



MINISTÉRIO DA CULTURA
Fundação BIBLIOTECA NACIONAL

Hecho el depósito que indica la ley 11.723.
Impreso en junio de 2013.

Prohibida la reproducción parcial o total de este libro sin la autorización previa del editor y/o herederos.

Somos prisioneros de nosotros mismos.
Nunca olvides eso, y que no hay fuga posible.

LAO-TSE, *Tao Tè Ching* (600 a. C.)

FEBRERO O MARZO

La condesa Bernstroff usaba una boina de la que colgaba una medalla del káiser. Era vieja, pero bien podía decir que era una mujer joven y lo decía. Decía: apoya la mano aquí en mi pecho y comprueba lo duro que es. Y el pecho era duro, más duro que los pechos de las chicas que yo conocía. Mira mis piernas, decía ella, mira lo duras que son. Eran piernas torneadas y fuertes; usaba medias con costura y las costuras, salientes y sólidas, delineaban la pantorrilla. Un verdadero misterio. Explícame ese misterio, insistía yo, borracho y agresivo. La esgrima, explicaba la condesa; formé parte del equipo olímpico austriaco de esgrima –pero yo sabía que mentía.

Un miserable como yo no podía conocer a una condesa, aunque fuera una condesa falsa. Pero esta era verdadera; y el conde era verdadero, tan verdadero como la música de Bach que escuchaba mientras tramaba, por amor a los planes y al dinero, su crimen.

Era de mañana, la mañana del primer día de carnaval. Escuché decir que algunas personas viven de acuerdo a un plan, saben todo lo que va a ocurrir con ellas durante los días, los meses, los años. Parece que los banqueros, los amanuenses de carrera y otros hombres organizados hacen eso. Yo –yo vagaba por las calles, mirando mujeres. De mañana no hay mucho que hacer. Me detuve en una esquina, compré una pera, me la comí y empecé a sentirme inquieto. Fui al gimnasio.

De eso sí que me acuerdo muy bien: comencé con un supino de noventa kilos, tres veces ocho.

–Se te van a salir los ojos –dijo Fausto, dejando de mirarse en el espejo grande de la pared y observándose mientras contaba las anillas de la barra.

–Voy a hacer cuatro series para el pecho en el caballete y cinco para los brazos –dijo yo–, una serie para aumentar la masa muscular, nene, para machos. Voy a aumentar el volumen.

Y comencé a castigar mi cuerpo, haciendo dos minutos de intervalo entre una serie y otra para que mi corazón dejara de latir tan fuerte, y para poder mirarme en el espejo y ver los progresos. Y aumenté el volumen: cuarenta y dos centímetros de brazo, medidos con cinta métrica.

Entonces Fausto explicó cómo venía la mano:

–Yo voy vestido de mujercita, lo mismo que Silvio, Toão, Roberto y Gomalina. Tú no quedas bien de mujer, tu cara es fea, así que vas en el grupo de adelante con Russo, Beбето, Paredón, Futrica y João. El populacho nos rodea pensando que somos putos, nosotros gorjeamos con voz finita, y cuando los tipos quieren manosearnos, nosotros, y si hace falta ustedes también, les damos flor de paliza y hacemos un carnaval de trompadas para todo el mundo. Vamos a terminar con las comparsas de negros, vamos a reventarlos para siempre. ¿Te anotas?

Silvio siempre se vestía de mujer, se pintaba los labios.

–El año pasado –dijo– un montón de mujeres me pusieron papelitos en las manos con su número de teléfono. Casi todas eran putas, pero había una que era la mujer de un tipo importante, anduve con ella más de seis meses, me dio un reloj de oro.

–Cuando él pasaba –dijo Russo– todas las mujeres daban vuelta la cabeza para mirarlo. No había mujer que no mirara a Silvio en la calle. Tendría que ser artista de cine.

–¿Y entonces? ¿Te anotas? –insistió Fausto.

A esa altura el conde Bernstroff y su mayordomo ya debían haber hecho los planes para esa noche. Ni la condesa ni yo sabíamos nada; yo ni siquiera sabía si saldría a romperle la

cara a un montón de personas que no conocía. Eso es lo malo de no ser banquero o amanuense del Ministerio de Hacienda.

El sábado por la tarde la ciudad todavía no estaba animada. Las cinco mujercitas requebraban sin entusiasmo y sin gracia. Las comparsas se forman así en las ciudades: una batería de tambores sordos, varias cajas y tamboriles y a veces una cuíca salen sonando por la calle, la gente va llegando, se junta, canta, y la comparsa crece.

Apareció una batería delante de nosotros. Seis tipos descalzos que caminaban lentamente batiendo los parches.

–Moreno, mi morenito sabroso, préstame tu tambor –dijo Silvio.

Los hombres se detuvieron un segundo y lo pensaron, y después cambiaron de idea. Silvio agarró del pescuezo a uno.

–Dame ese tambor, hijo de puta.

Las mujercitas se fueron encima de la comparsa como un rayo.

–A las piñas, a las piñas –gritaba Silvio–, son débiles.

Uno quedó en el suelo, boca arriba, el pequeño tamboril en la mano cerrada. Una sola trompada de Silvio podía hacer saltar la puerta de un departamento con sala y cuatro habitaciones.

Nosotros teníamos varios tambores, que tocábamos sin ritmo. Como nadie sabía tocar la cuíca, Russo la reventó de un puñetazo. Un solo puñetazo, bien dado, justo en el medio, la hizo pedazos. Después Russo anduvo diciendo que se le había hinchado la mano por darle una trompada a un ladrón tiñoso en la Praça Onze. Yo no sé si es verdad porque no fui con ellos a Praça Onze; después de lo que pasó en el Aterro me separé del grupo y fui a encontrarme con la condesa, pero creo que la mano se le hinchó por reventar la cuíca, porque la cara de un ladrón no le hincha la mano a nadie.

Una mujer se nos acercó y dijo:

–Llévenme con ustedes, nunca vi tantos hombres lindos juntos.

Y se agarró de mí, clavándose las uñas en el brazo. Fuimos al Aterro y escuché que ella decía: cójeme pero no me

maltrates. Y lo decía con astucia, como si estuviera hablando con el novio. Y lo mismo le dijo al tercer tipo y al cuarto tipo que caminaban a su lado; pero a mí, extendiendo la mano de uñas sucias y pintadas de rojo, me dijo: hombrecito lindo, mi amor –y se rió, y su risa era limpia; yo no pude hacer nada y volví a ponerle la ropa, tiré el lanzaperfume que ella olía y dije para que todos oyeran: basta. Y miré los ojos azules pintados de Silvio y le dije, bajito, con una voz salida de las entrañas, una voz mala: basta. Russo agarró a Silvio con fuerza, los bíceps estaban a punto de saltar como si fueran yunques.

–Se va a llevar a la mujer –dijo Silvio sacando pecho.

Pero todo quedó en eso. Me llevé a la mujer.

Me fui caminando con ella por la orilla del mar. Al principio cantaba, después se calló la boca. Entonces le dije:

–Ahora vuelve a tu casa, ¿entendiste? Si te encuentro boludeando por ahí te rompo los dientes, ¿entendiste? Voy a seguirte; si no haces lo que te ordeno te vas a arrepentir.

Y le apreté el brazo con toda mi fuerza, para que le siguiera doliendo los tres días de carnaval y una semana más todavía. Ella gimió y dijo que sí y se fue caminando, y yo atrás siguiéndola, en dirección al tranvía; cruzó la calle, tomó el tranvía que volvía vacío de la ciudad, me miró, yo le puse una cara fea, el tranvía se fue, ella encogida en el asiento, un adefesio.

Volví a la playa con ganas de ir a casa, pero no a mi casa, porque mi casa era un cuarto y en mi cuarto no había nadie excepto yo mismo. Y caminé, caminé, crucé la calle, empecé a caer una llovizna y donde yo estaba ya no había carnaval, sólo edificios elegantes y silenciosos.

Así fue como conocí a la condesa. Se asomó a la ventana gritando y yo no sabía que era condesa ni nada. Gritaba la palabra socorro, pero sonaba rara. Corrí hacia el edificio, pero el portero no estaba; volví a la calle, pero ya no había nadie en la ventana; calculé el piso y subí por el ascensor.

Era un edificio elegante, lleno de espejos. El ascensor paró, yo toqué el timbre. Un tipo vestido de etiqueta abrió la puerta.

–Sí, ¿qué desea? –dijo mirándome con aire de superioridad.

–Hay una mujer en la ventana pidiendo socorro –dije yo.

Él me miró como si yo hubiera dicho una palabrota.

–¿Socorro? ¿Aquí?

Yo insistí:

–Aquí, sí, en su casa.

–Soy el mayordomo –dijo él.

Esas palabras me quitaron toda autoridad. Yo nunca había visto un mayordomo en mi vida.

–Usted está confundido –dijo él, y yo ya me disponía a irme cuando apareció la condesa, con un vestido que en aquel momento me pareció un vestido de baile pero después vi que era ropa de dormir.

–Fui yo, sí, pedí socorro; entre, por favor, entre.

Llevándome de la mano, dijo:

–Usted me hará un gran favor, tenemos que revisar la casa, hay una persona escondida aquí adentro que quiere hacerme daño. No tenga miedo, no, usted es tan fuerte y tan joven que voy a tratarlo de tú. Yo soy la condesa Bernstroff.

Empecé a revisar la casa. Una sucesión de salones enormes, llenos de luces, pianos, cuadros en las paredes, arañas, mesitas y jarras y jarrones y estatuillas y sofás y divanes enormes donde cabían dos personas. No vi a nadie hasta que, en una sala más chica, donde un tocadiscos tocaba música muy alto, un hombre de saco de terciopelo se levantó cuando abrí la puerta y dijo serenamente, colocándose un monóculo en el ojo:

–Buenas noches.

–Buenas noches –dije yo.

–Conde Bernstroff –dijo él extendiendo la mano. Después de mirarme un poco sonrió una sonrisa que no era para mí, era para él–. Perdóneme –dijo–, Bach me transforma en un egoísta.

Y me dio la espalda y se sentó en el sillón, con la cabeza apoyada en la mano. Para ser francos, me sentí confundido, incluso ahora sigo estando confundido, porque ya olvidé muchas cosas, la cara del mayordomo, la medalla del káiser, el nombre de la amiga de la condesa con quien me acosté,

junto con la condesa, en el departamento del Copacabana Palace. Además, antes de que saliéramos, ella me dio una botella de Canadian Club que bebí casi por completo adentro del auto mientras íbamos a Copacabana, sintiéndome un lord. Pero enseguida bajé del auto y subimos al departamento y tengo la impresión de que los tres nos divertimos bastante en el cuarto de la amiga de la condesa, pero de esa parte ya me olvidé del todo.

Desperté con un dolor de cabeza espantoso y dos mujeres en la cama. La condesa quería ir a su casa para mostrarme un animal que quería morderla y que había invadido sus aposentos y al que ella había encerrado dentro del piano de cola. Volvimos en taxi, ni sé qué hora era porque no tenía hambre y tanto podían ser las diez de la mañana como las tres de la tarde. Ella fue directo al piano y no encontró nada.

–Tendría que habértelo mostrado ayer –dijo–, ahora ya lo sacaron de aquí, son muy hábiles, son diabólicos.

–¿Qué animal era ese? –pregunté. Tenía un dolor de cabeza terrible, que no me dejaba pensar bien, y apenas podía abrir los ojos.

–Es una especie de cucaracha grande –dijo la condesa–, con aguijón de escorpión, dos ojos saltones y patas de escarabajo.

Yo no conseguía imaginar un bicho como ese y se lo dije. La condesa se sentó en una de las cincuenta mesitas que tenía en su casa y dibujó el bicho para que yo lo viera, una cosa muy rara, en un papel de seda azul que doblé y guardé en el bolsillo y perdí. Ya perdí muchas cosas en mi vida, pero la que más lamento haber perdido es ese dibujo del bicho que hizo la condesa, y me pongo triste de solo pensarlo.

La condesa me estaba afeitando cuando apareció el conde, de monóculo, diciendo buen día. La condesa afeitaba mejor que cualquier barbero; tenía una navaja afilada que rozaba la cara como si fuera una esponja y después hacía masajes con un líquido perfumado; y después otros masajes en mis trapecios y mis deltoides, mejores que los de Pedro Vaselina, el del gimnasio. El conde observaba todo con cierto desinterés, diciendo:

–Ella debe simpatizar mucho con usted para estar afeitándolo, hace años que no me afeita.

A eso la condesa respondió irritada:

–Tú sabes muy bien por qué.

El conde se encogió de hombros como si no supiera nada, fue hacia la puerta y desde allí me dijo:

–Después quisiera hablar con usted.

Cuando el conde salió la condesa me dijo:

–Quiere comprarte, compra a todo el mundo, se le está acabando el dinero, pero todavía tiene algo, muy poco, y eso lo desespera todavía más porque el tiempo pasa y yo todavía no me muero y si yo no me muero él se queda sin nada, porque ya no le doy más dinero. Y además ya está viejo, ¿cuántos años crees que tiene? Podría ser mi padre, y dentro de poco ya no podrá beber más, se quedará sordo y no podrá escuchar música; el tiempo es, después de mí, su mayor enemigo; ¿viste cómo me mira? Con ojos fríos de pez cazador, al acecho, dispuesto a liquidar sin misericordia a su presa. Date cuenta, un día de estos me van a arrojar por la ventana o me darán una inyección cuando esté dormida y después nadie más se acordará de mí y él se quedará con todo mi dinero y volverá a su tierra para ver la primavera y las flores en el campo que tanto me pidió, con lágrimas en los ojos, volver a ver; lágrimas fingidas, ya lo sé, ni siquiera le temblaban los labios. Yo podría irme para siempre, dejarlo solo, sin nada, sin siquiera la oportunidad de llevar a cabo sus planes sinietros, pobre diablo; creo que incluso está empezando a quedarse sordo, la música que oye la conoce de memoria y por eso tal vez no se da cuenta de que se está quedando sordo –y la condesa daba vueltas diciendo que algo iba a pasar en esos días y que ella estaba muy horrorizada, y que nunca se había sentido tan excitada en su vida, ni siquiera cuando era amante del príncipe Paravicini en Roma.

Fui a buscar al conde mientras la condesa tomaba un baño. Él me preguntó con mucha delicadeza, pero directamente, como quien quiere tener una conversación corta, cómo me

ganaba yo la vida. Le expliqué, también brevemente, que no se necesita mucho dinero para vivir; que ganaba dinero aquí y allí. Él se ponía y se sacaba el monóculo, mirando por la ventana. Yo continué:

—En el gimnasio practico gratis y ayudo a João, que es el dueño, y encima me da un dinerito a cambio; vendo sangre en el banco de sangre, no mucha para no perjudicar la gimnasia, pero la sangre se paga bien y el día que deje de hacer gimnasia voy a vender más y es probable que viva sólo de eso, o principalmente de eso.

Al llegar a esa parte el conde se interesó mucho y quiso saber cuántos litros me sacaban, si no quedaba mareado, cuál era mi tipo de sangre y otras cosas. Después dijo que tenía una propuesta muy interesante para hacerme, y que si yo aceptaba nunca más necesitaría vender sangre, a no ser que eso ya fuera un vicio para mí, cosa que él comprendía perfectamente bien porque respetaba todos los vicios.

No quise oír la propuesta del conde, no dejé que la hiciera; al fin de cuentas, yo me había acostado con la condesa, quedaba feo que me pasara de bando. Le dije que nada de lo que tuviera para ofrecermelo me interesaba. Tengo la impresión de que mis palabras lo hirieron, porque dejó de mirarme y se puso a mirar por la ventana, un largo silencio que me dejó inquieto.

—Por eso —continué—, no voy a ayudarlo a hacerle ningún mal a la condesa, no cuente conmigo para esas cosas.

—¿Pero cómo? —exclamó, sosteniendo el monóculo con la punta de los dedos como si fuera una hostia—. Yo sólo quiero su bien, quiero ayudarla, ella me necesita y también lo necesita a usted... Permítame explicarle todo, me parece que estamos siendo víctimas de una gran confusión, déjeme explicarle por favor.

No lo dejé. Me fui. No quise explicaciones. Al final de cuentas, no servirían de nada.

DOSCIENTOS VEINTICINCO GRAMOS